

ct

El doctor

de
Eduardo Viladés

(fragmento)

Soul bossanova

Interior; dos ambientes

Izquierda, mesa de una secretaria haciendo anotaciones. Sobre la mesa, un marco de fotos, un portátil, folios y una taza de café

Derecha, despacho del Dr. Johnson: mesa con portátil, dos sillas, un marco de fotos, una camilla y un panel

Ambos trabajan y se observan de refilón

La secretaria se levanta y lleva unos folios al médico, vuelve a su sitio, sigue trabajando, se levanta de nuevo y le lleva un café

Vuelve bailando a su sitio, sensual, se sienta, siguen mirándose

SECRETARIA (*desde su mesa, al público*)

Hace muchos años que trabajo como secretaria del doctor Emmanuel Johnson, especializado en geriatría.

Cuando me rescató del fango me dedicaba al comercio ilegal de armas a países del Este.

Al principio me gustaba mi empleo porque me rodeaba de terroristas que saboreaban la vida hasta sus últimas consecuencias.

No sabían si estarían vivos al día siguiente, de manera que ponían mucha pasión en todo lo que hacían.

En ese momento mi físico era propio de pasarela y me pasé por la piedra a media organización.

Pausa

El sexo con un terrorista, al menos los de mi grupo armado -de otras bandas no puedo hablar, aunque reconozco que he oído de todo- era apoteósico porque me taladraban como si no hubiese un mañana.

Mis encantos, no obstante, desaparecieron con los años.

El crack y el alcohol me pasaron factura.

Pausa

Hasta que apareció Emmanuel.

Cuando él me conoció ya no trabajaba en el sector armamentístico.

Me gusta decir que seguía dedicándome a ello porque soy egocéntrica hasta extremos insospechados y vende mucho el rollo de las armas.

Emmanuel me encontró un día tirada en la calle y me ofreció un empleo de secretaria en su consulta.

Se levanta y se acerca bailando al despacho del médico, que sigue trabajando y hace como que no la ve. Le manosea al ritmo de la canción

Ma che freddo fa

Me encanta verle así, como si fuese una estatua.

Dice que mi mirada le traspasó por dentro y que algo en su interior le animó a contratarme. Sé que esto es absurdo porque ni las miradas traspasan ni el interior del Doctor Johnson se caracteriza por la profundidad de sentimientos...

Simplemente nadie quería trabajar en su consulta.

Cuando Emmanuel cayó en la cuenta de que yo compartía con él el gusto por lo fraudulento y sancionable me contrató, previa firma de un acuerdo en el que yo juraba guardar silencio de lo que viese. Acostumbrada al mundo del hampa, nada podría escandalizarme.

Ma che freddo fa

Vuelve a su mesa al ritmo de la música

Se sienta, sigue hablando al público

Mi trabajo me gusta, me siento como Money Penny, con la diferencia de que yo sí que me acuesto con el jefe. No es mi pareja, sencillamente ambos somos muy ardientes y entre paciente y paciente, cuando nos apetece, matamos el tiempo. No le cobro, al menos de momento.

Veo todo lo que sucede en el despacho a través de una cámara. Grabamos las visitas de Emmanuel a sus clientes para extorsionarles o para disfrutar de una buena sesión de palomitas en el sofá al término de la jornada laboral.

Emmanuel es muy básico, por mucho que amontone decenas de títulos en su despacho. Fue un precursor en el asunto de los máster y títulos falsos.

Pausa

El Doctor Johnson cae bien, no sé por qué, pero suele gustar a los ancianos que vienen a la consulta. A muchos les encanta su acento inglés; dicen que les recuerda a sus vacaciones en Benidorm y se sienten en casa.

De nuevo caminando, pensativa

Se agolpan en mi cabeza multitud de usuarios con infinidad de anécdotas, pero quizá de quienes guardo un recuerdo más vivo es de Doña Concha y su adorable hija, Azucena. Vinieron una mañana de enero.

Una ola de frío siberiano estaba azotando la ciudad y no dábamos abasto.

De todos modos, Doña Concha era una de las mayores fortunas del país y le hice un hueco. Tenía una edad indefinida y siempre vestía con abrigos de visón y pamelas imposibles que le cubrían toda la cara.

Personalmente, esas pamelas hacían un gran favor al género humano porque evitaban observar de cerca el peculiar rostro de Doña Concha, afectado por una viruela mal curada en los años 20 y propio de mujer agria e insensible.

Sonido timbre de puerta

La secretaria se acerca a la puerta y la abre

Entran Doña Concha y Azucena

La secretaria coge sus abrigos, se miran de arriba abajo con cara de asco. Las

acompaña a la entrada del despacho del Dr. Johnson

SECRETARIA (*mirándolas de refilón, de nuevo sentada en su mesa*)

Su hija, sin embargo, había salido al padre y era una mujer muy atractiva, de unos 40 años, cuerpo estilizado de modelo de lencería cara, labios carnosos y ojos achinados. Me puso a mil nada más verla.

Su pelo era negro azabache, muy largo, a lo Pocahontas, hasta el culo, y llevaba una minifalda que acentuaba sus bien definidas piernas.

DR. JOHNSON (*con acento inglés*)

Pasen, por favor.

Entra Azucena y Doña Concha, de unos 70 años, su madre, muy arreglada, con sombrero y pieles

Dudosas, se quedan en el umbral

DR. JOHNSON

Pasen, pasen, no se queden ahí, hagan el favor.

Acomódense.

Menudo día han escogido para venir a la consulta.

Estos fríos le dejan a uno con mal cuerpo.

Así que usted es Doña Concha Fernández de Ledesma Gutiérrez de Hojarasca.

DOÑA CONCHA (*a su hija y sin sentarse*)

No me gusta. ¿Adónde coño me has traído? ¿Es que no hay médicos en España?

¡Vámonos!

AZUCENA

Mamá, por favor, no montes el número. Es inglés, pero muy buen médico, me lo ha recomendado tu monitor de pilates.

DOÑA CONCHA

A mí no me digas lo que tengo que hacer que soy tu madre. No me fio de estos extranjeros. Puede darme cicuta en vez de omeprazol y se quedaría tan ancho.

DR. JOHNSON

¿Algún problema, señoras?

AZUCENA

No, no, claro que no, mi madre me estaba comentando que tiene un despacho precioso.

Agarrando a su madre

¡Mamá, haz el favor!

Doña Concha y Azucena se sientan

El Dr. Johnson ladea el marco de fotos de su mesa en dirección a las mujeres

SECRETARIA (*sentada en su mesa, con un marco de fotos en la mano*)

Yo observaba lo que sucedía por la cámara ilegal instalada en uno de los marcos de fotos del despacho de Emmanuel.

Ambos tenemos el mismo encima de la mesa, con la misma fotografía, para dar sensación de armonía y uniformidad de pensamiento.

El suyo hace de cámara y el mío de receptor, estilo *tablet*.

Es una instantánea de una pareja, él y una chica guapísima.

Todo mentira, por supuesto.

El marco lo había comprado en los chinos y la fotografía era la típica de una americana rubia con cara de anodina pero que queda ideal en una clínica de geriatría.

Con Photoshop, puse al Doctor Johnson a su lado.

Los ancianos eran muy tradicionales y se sentían más cómodos si pensaban que Emmanuel era un entregado padre de familia.

No había que ser un lince para darse cuenta de que la chica de la foto podía verse en todos los marcos que se vendían en los chinos de la ciudad ni que mi destreza con Photoshop era más bien escasa, pero nos salvaba que el 90% de nuestros pacientes tenía cataratas y glaucoma.

Atención centrada de nuevo en el despacho del geriatra

DR. JOHNSON

Bueno, Conchi.

DOÑA CONCHA

¿Conchi?

¡Vámonos, Azucena!

Se levanta y su hija la agarra para que se siente de nuevo

DR. JOHNSON

Doña Concha Fernández de Ledesma Gutiérrez de Hojarasca.

¿Qué tal se encuentra?

DOÑA CONCHA

De escándalo.

AZUCENA

Yo le cuento, Dr. Johnson.

Hace unos años unos análisis confirmaron que mi madre padecía diabetes aguda.

La madre saca del bolso una bolsa de gominolas y de bollos y se pone a comérselos

Toma la medicación pertinente, pero no bajan sus niveles de azúcar en sangre, algo que no entendemos en la familia. Debe de ser hereditario porque, como le digo, toma su medicación todos los días.

A la diabetes se une un pequeño cuadro de artritis, pérdida de memoria e irascibilidad.

DOÑA CONCHA

Pero qué valor tienes, estoy hecha un cuadro por lo que cuentas.

Yo con este señor no quiero hablar, lo tengo claro.

Mira que cara tiene, blanca como la tiza, que dan ganas de traerle un bocadillo de chorizo para que recupere el color.

Se nota que es inglés. Tanta lluvia no puede ser buena. Después vienen aquí y se vuelven locos con el sol y quieren experimentar con nosotras.

Yo por ahí no paso.

DR. JOHNSON

La edad tiene mucho que ver en eso que describe.

¿Cuántos años tiene señora?

Doña Concha hace que no ha oído nada

El Dr. Johnson le repite la pregunta en un tono más elevado.

¿Cuántos años tiene señora?

DOÑA CONCHA *(a su hija)*

Vámonos de aquí, Azucena, porque este señor es un grosero.